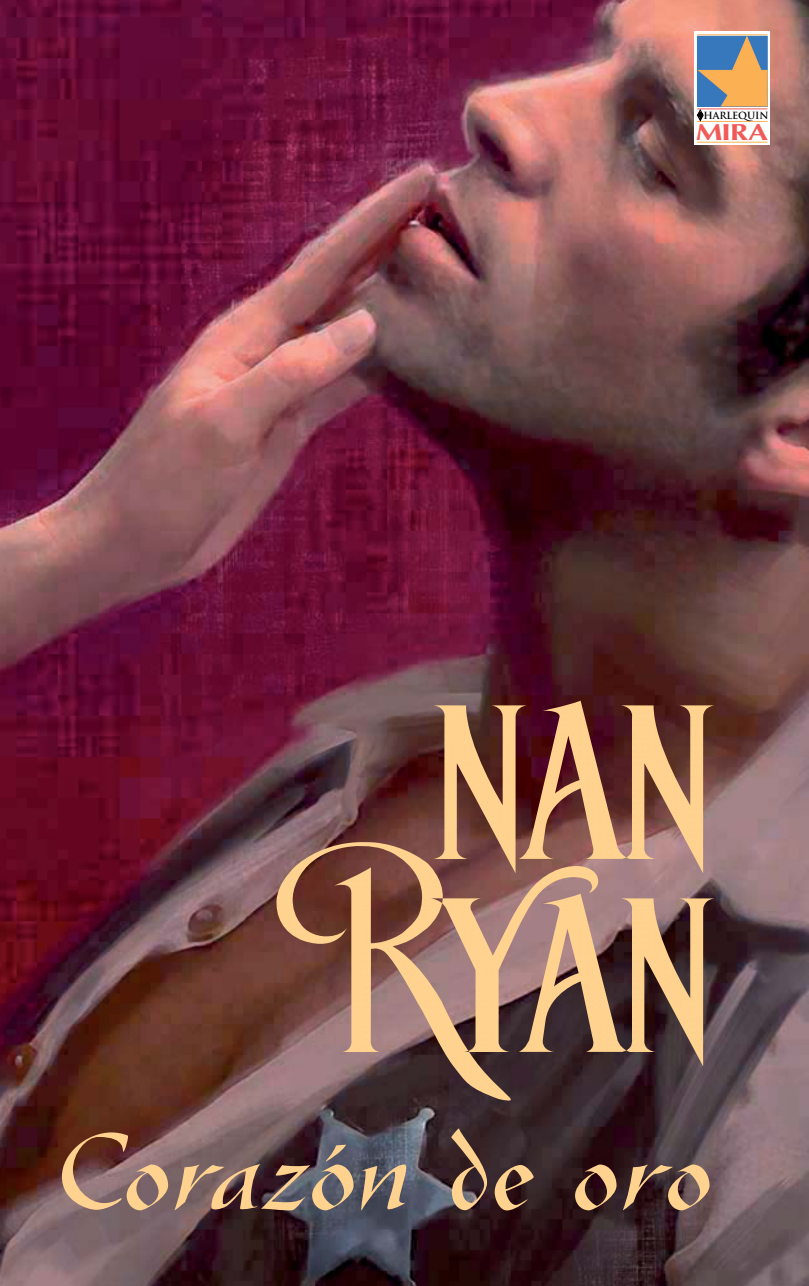

HARLEQUIN
MIRA
NAN
RYAN
Corazón de oro



NAN RYAN

Corazón de oro



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2006 Nan Ryan. Todos los derechos reservados.
CORAZÓN DE ORO, Nº 158 - octubre 2010
Título original: The Sheriff
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá.
Publicada en español en 2006

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin Mira es marca registrada por Harlequin Enterprises Ltd. y Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-9176-9
Editor responsable: Luis Pugni

Para mis compañeros de clase, con los que me gradué en el querido y viejo instituto de Bryson esa cálida noche texana, hace ya muchos veranos.

Fannie Ainsworth
Rollins Bilby
Vernon Crager
John Denning
Joe Gillespie
Jerry Graybill
Shirley Harrison
Joyce King
LaRue Matlock
Imogene McNear
Bobby Mitchell
Glenda Odom
Delores Shook
Dorothy Sims
Malvin Teague
Betty Lou Wells
Colleen Wolfe

Prólogo

En una habitación de hotel iluminada por la luz de las velas, en el bullicioso barrio de Barbary Coast de San Francisco, un hombre guapo yacía de espaldas sobre la cama.

Estaba desnudo.

Lo mismo que la mujer sentada a horcajadas sobre él.

Hacían el amor con ansia, apasionadamente.

Se habían abalanzado el uno sobre el otro nada más entrar en la habitación y cerrar la puerta con llave. Rápidamente habían comenzado a arrancarse la ropa.

Ahora, se movían a la par en una cópula frenética. Los pesados y voluptuosos pechos de la mujer oscilaban y rebotaban, impulsados por sus rápidos movimientos. Se aferraba a los costados del hombre y murmuraba su nombre una y otra vez.

Una gorra azul de oficial de campaña basculaba

sobre su cabeza. Colgado de un poste de la cama había un uniforme de capitán.

Y, encima de la cómoda, un par de espuelas doradas brillaban sobre las botas negras recién bruñidas.

Pasados unos minutos, la pareja alcanzó el clímax.

Inmediatamente después de amarse, el hombre preguntó con ansiedad:

—¿Murió?

—Sí —contestó ella jadeante, quitándose la gorra de campaña y echándose hacia atrás la larga cabellera negra, que dejó al descubierto un tatuaje azul con tres puntas a un lado de su cuello.

Él asintió con la cabeza.

—¿Conseguiste la prueba?

—Sí —respondió ella.

—¿Te vio el médico o la enfermera?

—No, no me vio nadie —le aseguró, y se inclinó para disipar sus dudas con un beso.

Abajo, en el Embarcadero, los mineros borrachos vociferaban y disparaban al aire.

1

Boston, Massachusetts
Marzo de 1855

Una fría tarde de invierno, en una habitación escasamente amueblada en el extremo sur de Boston, Kate van Nam, de veintidós años, le leía en voz alta a su anciano tío, duro de oído. Nelson van Nam era un hombre amable y cariñoso, eterno solterón, que había criado a Kate y a su hermano mayor, Gregory, tras la muerte de sus padres en un incendio en el mar, hacía doce años.

Durante una breve temporada le había sonreído la suerte en los negocios y había podido ofrecer a sus sobrinos una vida desahogada. Pero en 1849 un inesperado revés de fortuna había dado al traste con sus negocios y la antaño prominente familia van Nam había conocido tiempos difíciles. La gran mansión de Chesnut Street, en Beacon Hill, se había perdido junto con su fortuna.

Al desaparecer el dinero, desapareció también Gregory van Nam. El anciano señor van Nam andaba ahora mal de salud y le estaría eternamente agradecido a su sobrina, una muchacha de carácter dulce, por su generosidad al ocuparse de él.

Aquel amargo día de enero, se hallaban los dos sentados junto al fuego, tapadas las piernas con sendas mantas. Mientras le leía a su tío, a voz en grito, en realidad, Kate oyó que alguien llamaba enérgicamente a la puerta.

Bajó su desgastado ejemplar de la novela de Dickens *Oliver Twist* y le dirigió a su tío una mirada inquisitiva.

—Voy a ver quién es. Quédate aquí —le dijo.

Nelson asintió con la cabeza.

Kate abrió la puerta. En los peldaños de la entrada tiritaba un mensajero vestido de uniforme. Le entregó un sobre lacrado en el que sólo figuraba su nombre, escrito con pulcra letra. Kate se disponía a decir algo, pero el joven que había entregado el mensaje ya había dado media vuelta y se había ido.

Atónita, cerró la puerta y regresó junto al fuego. Le tendió el sobre a su tío.

Él leyó lo que estaba escrito achicando los ojos.

—Va dirigido a ti, querida. Ábrelo.

Kate rasgó un extremo del sobre y sacó un papel doblado. Tras leer rápidamente el breve mensaje, le explicó a su tío que se trataba de una notificación para que se personara en el bufete de J. J. Clement, el abogado que, al igual que su padre antes que él, representaba desde siempre a la familia van Nam.

—¿Para qué querrá verme Clement? —se preguntó Kate en voz alta mientras le daba el mensaje a su tío.

—No tengo ni idea, niña —respondió él, leyendo

la misiva—. Pero estoy seguro de que puede esperar. No hace falta que… —dejó de hablar, sacudió la blanca cabeza y esbozó una sonrisa.

Kate, siempre curiosa, estaba ya recogiendo la gruesa capa de lana que colgaba del perchero que había junto a la puerta. Echándosela sobre los hombros, dijo:

—Es tu hora de la siesta, tío Nelson. Mientras descansas, iré caminando hasta el bufete, a ver de qué se trata —le sonrió mientras se abotonaba la capa bajo la barbilla y se echaba la caperuza sobre el lustroso cabello rubio—. Volveré dentro de una hora, con el misterio resuelto.

Nelson van Nam sabía que no serviría de nada decirle que hacía demasiado frío para que fuera a pie al despacho del abogado. Su linda sobrina, tan buena y cariñosa como un ángel guardián, era también una joven decidida y enérgica que asumía deberes y aceptaba retos con una prontitud admirable, si bien algo irritante en ocasiones.

El anciano sonrió tiernamente cuando Kate le dijo adiós con la mano y salió al frío de la calle. Suspiró, cruzó las manos sobre su regazo y se quedó mirando el fuego mientras recordaba la primera noche que Kate, que entonces contaba apenas diez años, pasó en su casa.

—No, tío Nelson —le había dicho con decisión cuando, por la noche, él se ofreció a dejar entreabierta la puerta de su habitación—. Cierre, por favor. No me da miedo la oscuridad, señor.

Aquel recuerdo le enterneció. En los años transcurridos desde entonces, había aprendido que había pocas cosas a las que su temeraria sobrina tuviera miedo.

Su sonrisa se borró de un plumazo. Él, en cambio, sentía miedo por ella. ¿Qué sería, se preguntaba preocupado, de su querida y dulce Kate cuando él faltara?

Encorvada y tiritando, Kate recorrió a pie las ocho manzanas que la separaban del bufete de J. J. Clement. Cruzó a toda prisa la estrecha calle empedrada, subió los escalones del edificio de dos plantas, construido en ladrillo rojo, y entró en el amplio corredor central.

Se quitó la caperuza y se alisó el pelo al tiempo que llamaba educadamente antes de entrar en el despacho del abogado. Un fuego refulgía en la gran chimenea.

—Vaya, ya está usted aquí, señorita van Nam —dijo J. J. Clement, levantándose de su silla—. No sabía si vendría esta tarde. Tenga la bondad de tomar asiento —le señaló una de las dos sillas de respaldo recto que había frente a su escritorio.

Kate frunció el ceño al sentarse.

—En su mensaje me pedía usted que viniera, ¿no es así, señor Clement?

El abogado sonrió.

—Sí, en efecto. Es admirable que haya acudido tan pronto, pero espero que no se haya helado por el camino —volvió a sentarse frente a ella—. Ha sido muy desconsiderado por mi parte pedirle que viniera. Debería haberle hecho una visita a su…

—Eso no importa —Kate agitó una mano—. ¿De qué se trata?

El abogado sonrió ante la impaciencia de la joven. Se inclinó hacia su mesa, recogió un documento y le dijo:

—Querida mía, creo que tengo buenas noticias.

—¿Ah, sí? —ella se quitó la gruesa capa. A diferencia de las habitaciones de su casa, donde reinaban las corrientes de aire, aquel despacho, bellamente decorado, era cálido y confortable—. ¿Para mí?

—En efecto. He sido informado de que la señora Arnielle van Nam Colfax, una anciana tía de Nelson y, por tanto, tía abuela suya, ha fallecido en San Francisco y le ha dejado todos sus bienes.

—¿Por qué? —dijo Kate, asombrada—. Yo no la conocía. Nunca nos escribimos. Ni siquiera la vi nunca, así que ¿por qué…?

—Era una anciana viuda y sin hijos. Con excepción de Nelson, usted es su pariente más cercano. Usted y su hermano, Gregory. Sin embargo, Arielle no ha dejado nada para Gregory. A decir verdad, no sé si ha heredado usted alguna cosa de valor. La anciana señora fue extremadamente discreta al respecto —el abogado se encogió de hombros. Kate asintió con la cabeza—. Sin embargo —Clement empujó sobre la mesa un papel impreso—, como probablemente sabrá, en los últimos cinco años se ha extraído gran cantidad de oro de Sierra Nevada, en California.

—Sí, he oído hablar de la fiebre del oro. ¿Quién no?

—Ha heredado usted una casa de algún tipo —dijo J. J. Clement—. Tengo entendido que no ha vivido nadie en ella en los últimos cinco años. Y hay además un título de propiedad de una mina de oro en California que podría o no tener algún valor —le entregó a Kate un mapa que mostraba la situación de la mina.

—¿Y la casa? ¿Está en los montes de California?

—Sí, tanto la casa como la mina están en Sierra

Nevada, a bastante altitud, en un asentamiento minero llamado Fortune —contestó el abogado—. Ignoro cómo es Fortune, California, pero imagino que será uno de esos destartalados poblados de tiendas de campaña, habitados por mineros desarrapados que confían en hacerse ricos —meneó la cabeza.

—Pero si mi tía abuela construyó allí una casa, será porque…

—Ya le he dicho, Kate —la atajó él—, que la casa lleva años abandonada. Obviamente, su tía abuela dejó la casa y el asentamiento por una buena razón.

—Supongo que sí —concedió Kate a regañadientes.

—Niña —dijo amablemente el abogado—, estoy al corriente de sus dificultades económicas. Su tío, además de cliente, es un buen amigo mío desde hace muchos años. Me gustaría serle de ayuda.

Kate lo miró con los labios entreabiertos.

—Es usted muy amable, señor Clement.

—¿Sabe qué?, le diré a nuestro agente en California, Harry Conlin, que se haga cargo de la mina y de la casa y…

—No —lo interrumpió ella—. No están en venta. Quiero conservarlas de momento.

Se levantó para marcharse y se abrochó la capa bajo la barbilla. J. J. Clement se puso en pie.

—Cuando pierda a mi querido tío Nelson —dijo Kate—, no habrá nada que me retenga aquí. ¿Quién sabe? —recogió la hoja impresa—. Puede que me vaya al oeste.

2

Kate corrió a casa con el mapa y el testamento enrollados bajo el brazo. Estaba deseando enseñárselos a su tío Nelson. Sin duda quedaría tan sorprendido como ella porque una mujer a la que nunca había visto le hubiera dejado todas sus propiedades.

Sonrió al imaginarse a su tío poniéndose las gafas y estudiando los documentos mientras ella, arrodillada junto a su sillón, estiraba las manos hacia el calor del pequeño fuego.

Con la nariz helada y las mejillas coloradas, llegó a sus habitaciones alquiladas y corrió dentro, llamando a su tío.

—¡Tío Nelson! ¡No te lo vas a creer! —exclamó mientras se quitaba la capa de lana, la colgaba en el perchero y cruzaba corriendo la habitación hacia su sillón. Un poco extrañada porque no se hubiera girado al verla entrar, prosiguió diciendo—: Mi tía abuela, esa misteriosa señora de la que me has hablado,

Arielle van Nam Colfax, ha fallecido en San Francisco y me ha dejado una… Tengo aquí su testamento y… y… —Kate dejó de hablar.

Empezaba a fruncir el ceño cuando llegó junto al sillón de su tío Nelson, y el anciano siguió sin responder.

—Tío, ¿qué te pasa? ¿Qué ocurre? —preguntó, y le tocó suavemente el hombro. Él se inclinó hacia delante. Kate tiró al suelo los documentos y se arrodilló ante él, agarrándolo por los antebrazos—. Estás enfermo —dijo—, eso es lo que pasa. No te encuentras bien. Voy a ir corriendo a buscar al doctor Barnes para que te ponga bueno. Te sentirás como nuevo y… no… no, tío Nelson, no —murmuró, resistiéndose a creer que aquel hombre bondadoso que había sido madre y padre para ella, amigo y protector, hubiera muerto. Le recostó con cuidado en el sillón y le cerró los ojos sin vida mientras las lágrimas anegaban los suyos.

Cuando finalmente se enjugó los ojos, vio que su tío agarraba en la mano derecha un trozo de papel cuidadosamente doblado. Le quitó con delicadeza el documento y lo dejó a un lado sin mirarlo.

Pasó largo rato sentada en el suelo, con la frente apoyada sobre la rodilla de su tío. Por fin, con los ojos enrojecidos por el llanto, se levantó, respiró hondo y de inmediato acometió la desagradable tarea de ocuparse de que su querido tío fuera conducido a la funeraria que había al otro lado de la esquina.

Después, cuando volvió a casa sola, se puso a pasearse por la habitación helada, preguntándose cómo podía ofrecerle a su tío el entierro que merecía. Carecía de dinero. Y el orgullo le impedía pedir ayuda a los amigos íntimos de Nelson.

Desalentada, se sentó en el sillón de su tío y echó la cabeza hacia atrás. El fuego de la chimenea se había extinguido. Hacía frío en el cuarto. Se estremeció y se frotó los brazos. Parecía que nunca volvería a entrar en calor.

Se giró para buscar la manta que había usado esa tarde, y de pronto reparó en la hoja doblada de grueso papel timbrado que su tío tenía en la mano cuando lo había encontrado. La recogió y la fue desdoblando despacio.

Leyó y volvió a leer el mensaje. Con su característica y pulcra letra, Nelson van Nam le decía a su sobrina dónde guardaba sus últimos ahorros, junto con una pistola Navy Colt de cachas de madreperla que conservaba como un tesoro.

Kate volvió a plegar la carta y se la guardó en el bolsillo del vestido. Entró en la diminuta alcoba que servía de dormitorio a su tío y sacó una desportillada caja de latón de debajo de un tablón suelto del suelo, al pie de la cama. Al abrirla, sus ojos se agrandaron. La pesada pistola descansaba sobre ordenados fajos de billetes.

Corrió a la mesa del comedor y puso allí la caja. Levantó el revólver de madreperla y lo dejó a un lado con mucho cuidado. Luego sacó de la caja los fajos de billetes y fue contándolos detenidamente.

Al instante sintió que una carga insoportablemente pesada dejaba sus hombros. Había dinero más que suficiente para darle a su tío un entierro digno.

Y para llegar a Fortune, California.

—No puedes hacerlo, eso es todo —le advirtió a Kate su mejor amiga, Alexandra Wharton—. Una

mujer no cruza sola el país desde Boston a California. No es seguro. Cualquiera sabe lo que podría pasarte.

—No voy a cruzar el país, Alex —dijo Kate, y abrazó calurosamente a Alexandra, que tenía el ceño fruncido.

Eran amigas desde los días en que ambas asistían a la Academia Willingham, un costoso colegio privado para señoritas donde habían aprendido la diferencia entre un tenedor para limones y un tenedor para ostras y a conversar en francés. A pesar de que seguía disfrutando de una vida privilegiada junto a sus adinerados padres, Alexandra consideraba aún a Kate su mejor amiga y su igual en todos los sentidos.

—Pero, Kate —dijo—, California está al otro lado del continente. Tendrás que cruzar todo el país.

—No, nada de eso —respondió Kate alegremente—. ¡Voy a ir en barco!

—Sabes perfectamente lo que quiero decir —repuso Alexandra en tono de reproche.

—Sí, claro que sí. Vamos, Alex, no pongas esa cara. No me ocurrirá nada malo —Kate se echó hacia atrás y le lanzó a su amiga una sonrisa confortadora.

—Eso no lo sabes. Aunque viajes en barco, la travesía es peligrosa y…

Kate sacudió la cabeza y dijo, interrumpiéndola:

—¿Sabías que la ruta por el Cabo de Hornos tiene trece mil millas náuticas y requiere ocho meses de viaje?

—¿Ves?, ahí lo tienes. No puedes…

—No pienso ir por el Cabo de Hornos. Voy a tomar el atajo a través del istmo de Panamá —Kate

chasqueó los dedos—. ¡Estaré en California en un periquete!

Alexandra arrugó el ceño.

—Aun así, aquello está sin civilizar, Kate. Hay bandidos, indios y…

—Te agradezco tu preocupación y voy a echarte terriblemente de menos, pero ésta podría ser mi gran oportunidad, ¿es que no lo ves? Puede que haya oro en la mina que me dejó mi tía abuela. ¿No sería maravilloso? Y puede que la casa sea una mansión sólida y bien construida donde por una vez en mi vida esté caliente.

Alexandra, que seguía con el ceño fruncido, dijo:

—Te he dicho mil veces que puedes venir a vivir con nosotros. Mis padres te acogerán encantados y…

—Es una oferta muy amable y te lo agradezco de veras, a ti y a tus padres. Pero no puedo aceptar. Estoy decidida. Ya sabes cuánto me gusta la idea de embarcarme en una gran aventura. ¡Voy a ir a California a buscar fortuna!

—¿Y Samuel? ¿Vas a dejarle sin contemplaciones?

Kate sacudió la cabeza. Alexandra se refería a Sam Bradford, un apuesto joven que se empeñaba en cortejarla. La atracción, sin embargo, no era mutua. Aunque respetaba a Sam y era consciente de que tenía un brillante porvenir en la próspera empresa naviera de su padre, a Kate no le interesaba sentimentalmente. Ni él, ni ningún otro hombre. Mientras que Alexandra soñaba con casarse y tener hijos, ella anhelaba viajes y aventuras.

Se echó a reír y dijo:

—Dime la verdad, Alex, ¿no te gustaría consolar a Sam en mi ausencia?

Alexandra se ruborizó y luego sonrió.

—No puedo negar que Sam me parece increíblemente atractivo —arrugó de nuevo el entrecejo—. Pero eres tú quien le gusta, no yo.

—Eso se cree él, pero te garantizo que una semana, dos como mucho, después de que me vaya, Samuel T. Bradford empezará a interesarse por ti.

Los ojos de Alexandra brillaron.

—¿Tú crees?

Kate se echó a reír.

—Sí. Y, dentro de un año, más o menos, espero una invitación de boda —levantó las cejas bien dibujadas.

—¿Y dónde te la mando?

—En cuanto esté instalada, te escribiré —prometió Kate. Luego, con una sonrisa irónica, adoptó el tono y la dicción de una dama de alcurnia y dijo—: Mi querida señorita Wharton, haré que mi secretaria personal le envíe una nota con las señas de mi mansión en California.

Las dos se echaron a reír y se abrazaron una vez más.

En el puerto de Boston, la fría y áspera mañana del 27 de marzo de 1855, las dos jóvenes se abrazaron de nuevo.

Pero ninguna de las dos se reía.

—Voy a echarte muchísimo de menos —dijo Alexandra con ojos llorosos.

—Y yo a ti —contestó Kate, tragándose el nudo que se le había formado en la garganta.

Dio media vuelta y subió corriendo la pasarela del buque *Estrella de Oro*.

3

1 de mayo de 1855
San Francisco, California

—Conlin. Harry Conlin, representante en California de Clemente & Clement —un hombre risueño y lujosamente vestido, con el pelo entrecano, se adelantó a saludar a Kate cuando desembarcó en el bullicioso puerto a primera hora de aquella mañana de mayo—. Por la descripción que me hizo J. J., debe de ser usted la señorita Kate van Nam, la heredera de la señora Arielle van Nam Colfax.

Kate estrechó la mano que le tendía.

—Sí, señor, soy Kate van Nam. Gracias por venir a recibirme, señor Conlin.

—Bienvenida a San Francisco —dijo él con una sonrisa cordial—, puerto de entrada y centro financiero de los campamentos mineros de los grandes filones de oro. Espere, deje que lleve eso.

Harry Conlin se apresuró a aliviar a Kate de su

pesada maleta. La tomó del brazo y la condujo a través de los enjambres de comerciantes, marineros y pasajeros que atestaban el muelle de Vallejo Street. Se abrieron paso a través del gentío, esquivando carretillas y carretas, coches de punto y carromatos.

Al llegar al muelle en el que estaba amarrado el vapor *Lady Luck*, Harry Conlin explicó:

—Señorita van Nam, le he reservado un camarote a bordo.

—No, señor Conlin, no necesito un camarote para un viaje tan corto. Sólo…

—Señorita van Nam —dijo él, interrumpiéndola—, Fortune está a doscientos cincuenta kilómetros de San Francisco.

—¿Tan lejos? Estaba segura de que llegaría allí esta misma tarde.

—Lo lamento. Sé que debe de estar terriblemente cansada. Quizá prefiera pasar la noche aquí, en San Francisco y partir mañana o pasado.

—No, estoy ansiosa por llegar a Fortune.

—Muy bien. Pasará un par de noches en el *Lady Luck* antes de llegar al campamento ribereño de Golden Quest y trasladarse a un vapor mucho más pequeño para el breve trayecto a Fortune.

Kate asintió con la cabeza, intentando sonreír. Conlin la acompañó pasarela arriba.

Una vez a bordo, dijo:

—Bueno, hábleme de su largo viaje desde Boston. ¿Ha sido muy duro?

—En absoluto —contestó ella sinceramente—. Ha sido una aventura inolvidable —aunque se encontraba más débil que al partir, no había perdido un ápice de entusiasmo—. No entiendo por qué la gente se queja de una experiencia tan increíble.

—¿No sufre de mareos, ni ha habido tormentas en el océano?

—Bueno, me mareé un poco, pero sólo un día o dos. Y hubo un par de tormentas con fuertes vientos que zarandearon un poco el barco, pero no pasé mucho miedo —le sonrió y añadió—: Sólo tardamos once días, con una escala de una noche en La Habana, en llegar al puerto de Aspinwall, en el Caribe. Allí desembarcaron muchos viajeros y los restantes nos trasladamos a un tren de vagones abiertos en el que cruzamos los setenta y siete kilómetros del istmo de Panamá. Luego embarcamos en el *Sonora* y viajamos hacia el norte durante quince días. ¡Y aquí estamos!

—Sí, en efecto —dijo Conlin, encantado y algo sorprendido porque aquella enérgica joven no se hubiera quejado de una travesía que la mayoría encontraba extremadamente difícil.

—Estoy tan contenta de estar en California… —dijo ella—. Y apenas puedo esperar a llegar a Fortune.

—Bueno, el *Lady Luck* se pondrá en camino dentro de poco —afirmó él—. Es hora de que desembarque. ¿Estará bien? ¿No necesita nada o…?

—Ha sido usted muy amable, señor Conling —Kate le dio las gracias efusivamente.

—Ha sido un placer, señorita van Nam —repuso él con una sonrisa—. Si se harta de Fortune, sólo tiene que tomar el vaporcito que baja por el río y regresar a San Francisco. Nuestra firma lo arreglará todo y se hará cargo de la venta de la propiedad.

—Lo recordaré —dijo Kate, y se despidió de él.

Unos minutos después, el *Lady Luck* dejaba el puerto. Pronto comenzó a abrirse paso por el río American hacia los montes de Sierra Nevada, al este.

Al cabo de una hora, el vapor había dejado atrás las colinas costeras y avanzaba con la marea alta por el largo y sinuoso cauce del río.

Dos días después, al subir a bordo del *Golden Quest*, un vapor mucho más pequeño que la llevaría el resto del camino hasta Fortune, Kate entró en la cabina principal y miró con curiosidad a su alrededor. Estaba vacía. Había hileras de asientos de madera. Eligió uno junto a una tronera, dejó la maleta en el suelo y se sentó. Confiaba contra toda esperanza en que nadie se sentara a su lado. Quería aprovechar para dormir. Apenas había pegado ojo en el *Lady Luck* y estaba cansada.

Se alarmó al ver bajar por el pasillo a un sujeto de aspecto mezquino y sin afeitar con las muñecas apresadas con grilletes.

Se puso tensa y luego soltó el aliento que había estado conteniendo, al ver que un hombre enjuto y de pelo rubio empujaba al de la barba crecida hacia un asiento al otro lado del pasillo, dos filas más adelante. El hombre se sentó junto al reo.

Éste miró hacia atrás. Su sonrisa mellada y lujuriosa hizo estremecerse de repugnancia a Kate. Giró la cabeza rápidamente y se puso a mirar por la tronera.

—¿Le importa que me siente a su lado, señorita? —preguntó una voz amistosa. Kate levantó la mirada y vio a un caballero de cabello blanco y bien vestido, con una cara escabrosa pero amable, que le sonreía—. Permítame presentarme —dijo el caballero, tendiéndole la mano—. Soy el doctor Milton Ledet y me dirijo a Fortune, igual que usted.

El vaporcito comenzó a apartarse lentamente del embarcadero mientras Kate asentía con la cabeza.

—Kate van Nam, doctor Ledet —contestó, estrechándole la mano—. Sí, por favor, siéntese aquí.

—Gracias, joven —el médico, ya entrado en años, tomó asiento a su lado—. Me gusta tener compañía en los viajes largos, ¿a usted no? —sin esperar respuesta, añadió—: ¿La he visto antes en Fortune, señorita van Nam? ¿O es señora van Nam?

—Señorita. Y no, no me ha visto —contestó—. Nunca he estado allí.

Las blancas cejas del doctor se elevaron.

—Entonces supongo que vive en San Francisco y va a visitar a…

—No, señor. Voy a mudarme a Fortune desde Boston, Massachusetts. Pienso hacer de Fortune mi nuevo hogar.

—Pero mi querida señorita van Nam —exclamó el doctor Ledet impulsivamente—, creo que Fortune le parecerá muy distinto a la encantadora y antigua ciudad de Boston.

—Soy muy consciente de ello, doctor —repuso Kate con convicción—. Sin duda me costará un poco acostumbrarme, pero no me importa. La verdad es que espero con impaciencia los retos que tengo por delante.

El doctor Ledet sintió curiosidad al instante. ¿Por qué querría una joven tan bonita mudarse a un asentamiento minero de montaña en el que nunca había estado? Ni por un instante se le ocurrió que pudiera ir a engrosar las filas de las numerosas «damas de la noche» que ofrecían sus servicios a los mineros solitarios. Había en ella un aire de dignidad innata que dejaba traslucir una buena educación. Pero ¿por qué

se mudaba aquella bella y rubia muchacha a Fortune, donde los hombres superaban en número a las mujeres en una proporción de cincuenta a uno?

El doctor Ledet ansiaba preguntárselo, pero tuvo la discreción de esperar a que ella estuviera dispuesta a decírselo.

—Seguramente sabrá usted por qué razón me mudo a Fortune —dijo Kate como si le hubiera leído el pensamiento.

—Déjeme adivinar —dijo, y se frotó la barbilla—. Tiene usted un novio que vino a los campos de oro, se estableció aquí, mandó a buscarla y ahora va a usted a reunirse con él para casarse.

—¡Cielo santo, no! —ella agitó una mano en el aire como si aquélla fuera una idea descabellada, y afirmó con orgullo—: He heredado una mina de oro.

—No me diga —contestó él—. ¡Vaya, eso es maravilloso! ¿Y la mina es…?

—La Cavalry Blue —le interrumpió ella—. Tal vez haya oído hablar de ella.

El médico exhaló un profundo suspiro.

—La Cavalry Blue —repitió, frunciendo las cejas—. La vieja excavación de Arielle Colfax.

—Sí, mi querida tía abuela. ¿La conocía usted?

—Sí, en efecto. Conocí a Arielle, aunque por poco tiempo, y también a su marido, Benjamin. Él era un geólogo que vino al oeste con Freemont —el doctor Ledet sacudió la cabeza—. Señorita van Nam, odio decirle esto, pero la Cavalry Blue lleva años cerrada. Desde que su tía dejó Fortune —hizo una pausa y luego dijo con toda delicadeza—: Querida mía, de esa mina no se ha extraído nunca ni una sola onza de oro.

Kate sonrió con valentía.

—Eso es excelente, doctor Ledet.

—¿Ah, sí?

—Sí. Está claro que el oro sigue estando dentro, esperando a que yo lo saque.

Encantado por su alegría infantil, el anciano doctor no quiso desilusionarla. De todas formas, pronto vería rota su burbuja.

—Podría ser, niña —dijo—. Podría ser.

Kate siguió contemplando el paisaje cambiante. Las riberas del río, cada vez más angosto, se habían convertido en elevados barrancos poblados por altos y fragantes pinos. Estaba embelesada.

Entre tanto, seguía conversando con su simpático acompañante. Descubrió que el doctor era un viudo sin hijos que había dejado su consulta de San Francisco después de que Mary, su amada esposa de treinta y tres años, contrajera la escarlatina y muriera al cabo de tres días.

El doctor Ledet llevaba en Fortune seis años, y Kate tenía numerosas preguntas que hacerle sobre el pueblo que pensaba convertir en su hogar. Él tenía todas las respuestas y las compartía con ella generosamente. Entusiasmado por su embeleso, regaló a Kate con numerosas anécdotas acerca del salvaje pueblo edificado en madera donde ejercía la medicina. Conocía a casi todos los moradores de Fortune y sobre casi todos ellos tenía alguna historia que contar.

Fascinada por sus coloridos relatos, a Kate el tiempo se le pasó volando. Al convertirse la mañana en tarde, notó que el aire se adelgazaba tan bruscamente que empezaba a costarle respirar.

Oyó que el médico decía con calma:

—Respiré hondo lentamente, señorita van Nam

—ella asintió con la cabeza y obedeció—. Dicen que es el aire que respiran los ángeles —añadió él—. Nos estamos acercando a Fortune —se frotó el mentón—. Bueno, ¿dónde estaba?

Siguió contándole que había atendido a todos los habitantes del pueblo en una u otra ocasión.

El vaporcito rodeó un meandro de un estrecho brazo del río y los edificios de Fortune aparecieron ante ellos.

El doctor Ledet dijo, riendo:

—A todos menos a uno, en realidad. Al sheriff.

—¿El sheriff nunca ha enfermado ni ha resultado herido?

—Sí, sin duda, pero nunca ha solicitado mis servicios —dijo el doctor—. Se cura él solo y sigue con sus asuntos. Es un hijo de mala madre duro como el pedernal, y le ruego disculpe mi lenguaje, señorita van Nam. Le contrató el Comité de Vigilancia, del cual yo mismo soy uno de los miembros más antiguos, para mantener la paz y el orden, y desde entonces Travis McCloud gobierna Fortune con puño rápido y gatillo aún más rápido —declaró con un brillo en los ojos—. Pásese de la raya y tendrá que vérselas con el temerario sheriff McCloud —hizo una pausa y sonrió a Kate.

Ella, que sentía que debía añadir algo pero no sabía qué, dijo:

—Y ese sheriff tan valiente, ¿es de San Francisco o de…?

—No, no, McCloud es oriundo de Virginia. Procede de la aristocrática familia Tidewater —el vaporcito se deslizaba lentamente hacia el embarcadero de Fortune—. Fue educado por un médico como yo, pero…

—Es un asesino —masculló el hombre de los grilletes desde el otro lado del pasillo, y el otro le obligó con malos modos a ponerse en pie—. Mató a un hombre en…

—¡Muévete! —ordenó el guardia armado y de cabello rubio, empujando al reo por el estrecho pasillo.

Kate se quedó atónita. Enseguida se volvió hacia su acompañante con una mirada interrogativa.

—¿Es eso posible?

El silbato del vaporcito resonó con estridencia en el delgado aire de montaña, silenciándola.

—Ya estamos aquí —anunció el doctor Ledet mientras el barco se detenía, golpeando suavemente con el casco el muelle de madera. El doctor sonrió, señaló con el dedo y dijo—: Ahí está nuestro sheriff.

Llena de curiosidad, Kate miró por la tronera.

Un hombre alto y de anchas espaldas, el ala de cuyo sombrero negro le tapaba los ojos, se acercó a la pasarela. Llevaba una camisa blanca de manga larga, un chaleco de piel negro y pantalones del mismo color. Una pistolera con varios revólveres Colt colgaba, baja, de sus estrechas caderas.

Mientras Kate lo observaba, levantó una mano y con la punta de su largo dedo índice empujó hacia arriba el ala del sombrero, de tal modo que un mechón de cabello negro como el carbón cayó sobre su frente despejada. Aquel gesto permitió a Kate ver con claridad su cara.

Entonces contuvo rápidamente al aliento.

El temerario sheriff de Fortune era un hombre guapo, aunque de facciones algo toscas, con la piel tersa y olivácea, pómulos prominentes, nariz recta, labios sensuales y ojos de un color que Kate no pudo

determinar, pues sus largas y curvas pestañas los ensombrecían.

—Ése es —dijo el médico—. El sheriff Travis McCloud. Ha venido a hacerse cargo de ese prisionero deslenguado que ha venido con nosotros.

Kate siguió mirando al imponente sheriff. Había en su cuerpo fibroso y recio, en el modo en que se movían sus anchos hombros, un intenso aire de virilidad. Se adelantó para salir al encuentro del flaco alguacil rubio y del hombre de los grilletes, que bajaban por la pasarela.

—Ya me ocupo yo, Jiggs —oyó Kate que decía con una voz sorprendentemente suave y con leve acento sureño.

—Él... el sheriff parece… parece malvado —murmuró Kate por encima de su hombro, incapaz de apartar la mirada del hombre más atractivo que había visto nunca.

—Dudo que sea malvado con usted, señorita van Nam —repuso el médico, y añadió con una risa—: A menos que se porte mal, claro está. En ese caso, tendrá que meterla en el calabozo.

—Tendré cuidado —contestó ella, sonriendo, pero sintió que un escalofrío le subía por la espina dorsal.

—Espere, déjeme ayudarla con eso —dijo el doctor Ledet cuando Kate levantó la pesada maleta y echó a andar por la pasarela.

—No, gracias —contestó ella—. Puedo arreglármelas. Ha sido un verdadero placer conversar con usted, doctor.

El hombre sonrió.

—Estoy deseando volver a verla, aunque no como paciente. Cuídese y siga tan bien. Si necesita cual-

quier cosa, Kate, avíseme. Mi oficina está dos puertas más allá del hotel Eldorado. No tiene pérdida.

Kate sonrió, asintió con la cabeza y se alejó de él. Llevó sus pertenencias desde la orilla del río a la calle principal. El hotel que había mencionado el doctor fue lo primero que vio. Entró en Eldorado, tomó una habitación en el tercer piso, echó un vistazo a su alrededor y enseguida fijó su atención en una espaciosa cama de matrimonio.

Sonrió y corrió a examinar el colchón y la ropa de cama, apartó las mantas y admiró las sábanas blancas y limpias. Suspiró, llena de placer. Las dos cosas que más deseaba en el mundo estaban a su disposición en aquel hotel.

Un baño y una cama.

Pronto, recién salida de un baño caliente, se tumbó en la suave y limpia cama y sonrió.

Se quedó dormida con la puesta de sol.

4

A la puesta de sol, Fortune cobraba vida.

Los mineros sedientos se dirigían a las muchas tabernas de la población en cuanto dejaban sus picos y palas. Cansados y sucios, entraban en tromba en los bares, ansioso por tomar su primera copa de whisky de garrafón.

En el Golden Nugget, el *saloon* más famoso de Fortune, la larga barra bruñida y las mesas en las que se jugaba al faraón y al póquer se llenaban a medida que el sol iba hundiéndose tras los picos de los montes del oeste. La música de los pianos resonaba con fuerza en las calles llenas de gente y las estridentes carcajadas de mujeres pintarrajeadas y ataviadas con vestidos de colores chillones se mezclaban con las voces de los rijosos mineros.

El hombre que se ocupaba de mantener los problemas alejados de su ciudad se hallaba en ese momento en el Golden Nugget.

Pero no estaba abajo.

El sheriff Travis McCloud estaba disfrutando de un baño caliente en una confortable habitación del piso de arriba, en manos de la señorita Valentina Knight, la bella propietaria y cantante del Golden Nugget y amante de Travis.

Con la ropa pulcramente doblada en un diván cubierto de brocado azul y el sombrero negro colgado del bolo de una mecedora de respaldo alto, Travis, un hombretón de un metro noventa de estatura, yacía en una bañera llena de espuma, con las rodillas y el torso sobresaliendo del agua humeante.

Relajado y satisfecho, fumaba un fino cigarro cubano y bebía *bourbon* de Kentucky de una copa de cristal emplomado mientras la mujer más bella de Fortune le frotaba delicadamente los anchos hombros con un suave cepillo de mango largo.

—¿Te sientes bien, sheriff? —preguntó Valentina mientras movía arriba y abajo el cepillo sobre su reluciente espalda.

—Mmm —contestó él con indolencia, los ojos entornados y el cigarro encendido sujeto con firmeza entre los dientes blancos.

Valentina sonrió, complacida. Le encantaba darle un buen baño de espuma al guapo sheriff. Pero más aún le gustaba que saliera de la bañera y le permitiera secarlo, y luego pasar la hora siguiente en su mullido lecho, estrechada entre sus fuertes brazos.

Aquellos fugaces momentos dorados eran cuanto podía esperar de Travis McCloud.

Así que procuraba aprovechar sus visitas.

Valentina Knight era una mujer muy lista. Sabía que no podía ponerle ataduras a Travis, de modo que nunca lo intentaba. Se daba cuenta de que el apuesto

sheriff de Fortune le permitía a ella y sólo a ella entretenerle porque le resultaba conveniente y nunca le hacía exigencias.

Valentina Knight era una criolla bella y de tez de porcelana que había viajado al oeste desde su Nueva Orleans natal en busca de fortuna. Había llegado a la sabia conclusión de que los campos de oro de California ofrecían grandes oportunidades de hacer dinero sin tener que acercarse siquiera a una mina. Había leído que había allí literalmente miles de hombres, que acudían a los muchos asentamientos mineros que surgían a lo largo y ancho de los montes de Sierra Nevada, dispuestos a separarse de su preciado polvo de oro a cambio de una copa y una sonrisa de una mujer bonita.

Valentina no se había equivocado.

En aquel mundo dominado por hombres, tan escaso en mujeres y tan poco parecido a la sociedad convencional, se había hecho rica en los cuatro años que llevaba siendo dueña del Nugget.

Era una respetada ciudadana de Fortune que hacía girarse las cabezas allá donde iba, especialmente por su pelo azabache y su cutis de magnolia, que la hacían tan deseable. Su generosidad, su encanto y su ingenio aseguraban su posición como objeto de los afectos de muchos vecinos de Fortune.

Cuando bajaba a cantar para los mineros, éstos guardaban de inmediato silencio y miraban con reverencia a aquella belleza de voz dulce, ataviada con deslumbrantes vestidos que realzaban su voluptuosa figura y adornada con diamantes que refulgían en su garganta y sus orejas.

Era un secreto a voces que, en su lujosa habitación del piso de arriba, bebía en delicadas copas

champán francés añejo que le entregaba la Wells Fargo. Y que cada vía le llevaban flores recién cortadas, un lujo extraordinariamente raro en aquellos parajes.

La bella criolla tenía una doncella francesa, lo cual era obligatorio tratándose de la más próspera madame de la frontera. Gigi respondía a la llamada de su campanilla y desaparecía discretamente cuando su señora entretenía al sheriff del pueblo.

Cuando Valentina salía, lo hacía montada en un carruaje Brewster importado con grandes costes a través del istmo de Panamá y tirado por dos caballos negros. Durante sus paseos invernales, se protegía del frío con un manguito, bufanda y manta de viaje de marta cebellina. En verano salvaguardaba su tez de porcelana con guantes, sombrero de paja y quitasol de seda.

Valentina Knight lo tenía todo.

Menos al hombre al que amaba.

Travis McCloud.

El corazón del sheriff jamás le pertenecería, aunque el suyo le perteneciera a él. Valentina jamás miraba a otro hombre batiendo con coquetería las pestañas, ni permitía que cualquier otro le hiciera el amor.

Ahora, mientras aclaraba el jabón del pecho masculino más hermoso en el que había puesto sus ojos, se estremeció dulcemente al presentir el encuentro amoroso que la aguardaba.

—Tenemos dos horas enteras antes de que tenga que bajar a cantar —dijo mientras Travis le apartaba la mano con delicadeza y se levantaba, chorreando agua.

Tomó una gran toalla blanca y comenzó a secar su piel limpia y húmeda.